

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN.

Pesetas Cts.

Islas Baleares, trimestre. 1'25
 idem. 1'50
 Provincias. 3
 Ultramar y Extranjero. 3
 Número suelto. 0'10
 Todos los pagos anticipados

ADMINISTRACIÓN
 Conquistador, 30.

La Tradición

PERIÓDICO CATÓLICO MONÁRQUICO

Se publica el sábado de cada semana con aprobación de la autoridad eclesiástica

PUNTOS DE SUBSCRIPCIÓN

En la Administración y en la
 Librería de los Sres. Amengual
 y Muntaner, Cadena

ANUNCIOS

En la 4.ª plana á precios re-
 ducidos.

REDACCIÓN

Constitución, (esquina S. Jaime)

DIOS PATRIA REY

AQUELLOS POLVOS...

«CONSTITUCIÓN DEL ESTADO

»ART.º 11.—Nadie será mole-
 stado en el territorio español por
 sus opiniones religiosas, ni por el
 ejercicio de su respectivo cul-
 to, etc., etc.

»ART.º 13.—Todo español tiene
 derecho: De emitir libremente sus
 ideas y opiniones, ya de palabra,
 ya por escrito, valiéndose de la
 imprenta ó de otro procedimiento
 semejante, sin sujeción á la censa-
 ra previa. De reunirse pacíficamen-
 te, etc., etc.

»Dado en Palacio á 30 de Junio
 de 1876.—Yo el Rey.—El Presiden-
 te del Consejo de Ministros, AN-
 TONIO CÁNOVAS DEL CAS-
 TILLO.»

Ateniéndonos textualmente al libretto constitucional que posteriormente tuvo la estafalaria habilidad de imponernos el liberalismo, sobra materia y saltan por sí solos á la pluma temas á porfía que en las actuales circunstancias pueden demostrar á los más tercios y hacer patente hasta á los ciegos el por qué de ciertas cosas, ó sea el fundamento con que ciertos efectos están en íntima correspondencia con sus causas.

Aquí donde para gobernar se ha llegado á prescribir y reconocer como pócima infalible y regenerante la de la brutalidad del número en el orden político, en el religioso—que es el que representa moralmente el corazón de toda sociedad—se ha tenido empeño en prescindir de la *universalidad* de la grandísima mayoría para imponer el exclusivista y vergonzoso *respeto* que reza ese constitucional artículo 11; y eso se ha hecho así, sin duda alguna, porque *políticamente* hablando se creería cosa fácil encadenar á la sociedad española formando esas mayorías parlamentarias que todos sabemos como, que y á quienes representan, mientras que *religiosamente* pensando, ó no había de pensarse en nada (lo cual es un imposible), ó lo que se intentaba era descatolizar á los españoles dando carta de naturaleza á los cultos disidentes y á las creencias religiosas del moro Muza, si así conviniera. Esto es lógico, y el tiempo lo ha venido á demostrar mucho más, enseñándonos de paso que los no católicos precisamente eran en España los no españoles, mejor dicho, los traidores enemigos internos de la integridad nacional, que como herencia, y en abominable amalgama con sus *fiadores*, se habían cuidado de inculcar á los desheredados de la fortuna, á esos pobres hijos del pueblo sin instrucción y á veces sin pan, el excepticismo más grosero que va minando los *países civilizados*, y que aquí como en todas partes sabe conducir á la desesperación y al caos los cerebros calenturientos que, al entretenerse en filosofías sobre lo esquilado de sus recursos, acompañan sus ratiocinios con la persuasión que les infiltraran de que en este mundo todo acaba, y que, por consiguiente, no es cosa mala estudiar la fórmula de aplicarse mutuamente la máxima de Sardanápalo: *come mucho, bebe más y goza deprisa, que eso es todo.*

Pero como para llegar al más allá de

ese colmo repugnante con que algún cerebro caótico y embelecador pudo recrearse al vislumbrar sus efectos destructores en lontananza, ya que á la bondad de ningún entendimiento sano fué posible sugerir cosa tan pésima en el orden moral, era preciso para la consolidación de aquella tan gran iniquidad religiosa el aditamento de otras concesiones tan inicuas que se derivaran de la política, y que, por consiguiente, éstas con aquella formarían una cadena cuyos entrelazados eslabones en favor del mal fueran como para el bien que no pueden separarse jamás; notada ó prevista de antemano esta necesidad, repetimos, no faltó el remedio inmediato que se cita en el segundo párrafo del epígrafe que encabeza estas líneas, ó sea en el artículo 13 de la actual Constitución española. Y en efecto, con esta segunda receta fué dable al ateísmo infeliz, con la capa de libertad religioso-política por escabel, asentar los cimientos necesarios y eficaces para el exacto é ineludible desarrollo del plan materialista y excéptico por excelencia que se forjara.

De manera que á los corazones depravados cuyas concupiscencias acababan de satisfacerse con la pluralidad de creencias que indirectamente venía á privarles del freno amoroso de la religión que humanizó é hizo buenos á sus mayores, ahora se les aumentaba la satisfacción y el medio de hacer de las suyas ofreciéndoles licencia para propagar por doquier las ideas, opiniones, sentimientos y pasiones más torpes y desordenados por conducto de la lengua, la pluma, la imprenta y el grabado, á la par que se les concedían facultades para que tranquila ó *pacíficamente* se reunieran los que pensaban tan mal, como diciéndoles «conspirad contra el orden, pero sin meter ruido». La cual aberración, sin fijarnos en más precedentes á partir de la fecha en que el ex-Presidente asesinado firma aquel documento de referencia (y los cuales á quererlos citar se remontan ya al reinado de Fernando VII ó anteriores), supieron interpretar tan á su manera los acólitos y beneficiados por aquellas leyes, que á poco una porción innumerable de hijos del pueblo, cansados de trabajar, ó según ellos de ser *explotados*, y ávidos de los goces y placeres materiales que disfrutaban aquellos que concedían autorización para no creer en nada ó en el *dios* que á cualquier *ciudadano* se le viniera á las mientes, se apresuraron á pasar—por ley inevitable y progresiva—de la reunión pacífica á la acción decidida y resuelta; y tomando ejemplo de los crímenes sin cuento que se decían perpetrados por la *burguesía masónica* ó *manos blancas inviolables* para alcanzar el poder y deshacerse de enemigos, fundaron los proletarios andaluces aquella liga terrible que se apellidó *Mano negra* y que tantos estragos produjo en contra de la clase acomodada..., sin duda por seguir los primeros la creencia de que este mundo todo acaba, y por lo que, ya que como consecuencia el pasarlo mal debe ser una grandísima tontería, antes que ello preferible era y es bajo tal supuesto aplastar primero á la humanidad pudiendo contra una esquina á fin de luego poder vestir sus despojos.

Y como aquel fuego pudo apagarse gracias á aquel de las bayonetas y á la sanción coercitiva aplicada contra una estrecha solidaridad en campo reducido,

nació á poco el colosal movimiento del socialismo que tantos trastornos también produjo en casi toda la Europa plagada del mismo mal; pero como esta nueva agrupación no satisfacía los deseos del proletariado descreído, que más que leyes ni concesiones políticas aspiraba á la total emancipación de todo yugo autoritario y social, de aquí que á poco no creyeran en su eficacia los elementos más discolos ó más *lógicos* que las libertades modernas crearan un día, y así es que á poco asomaba su horrible cabeza por entre los nubarrones con que el unánime malestar y los efectos de ciertas causas cargara el horizonte, esa consecuencia legítima del liberalismo y masonismo que, con el puñal y la bomba exterminadora, gritaba extortóreamente: «Paso á la anarquía».

Y el paso se abrió, y cayeron víctimas por doquiera, y nada ni nadie tuvo su existencia segura, y el mundo experimentó una sacudida de vergüenza y espanto que hizo conmover sus cimientos, y la sociedad entera creyóse en el caso de protestar con todas sus energías aplicando la pena del Talió hasta á los afines á aquella secta y llegó el momento de inventar nuevas represiones y más estrechas alianzas internacionales contra esa hidra ó enemigo común, etc., etc.; pero todo esto, más que demostrarnos lo que pueden las leyes humanas cuando de las divinas se apartan, nos hizo contemplar las grandes justicias del Dios justo y verdadero al sucederse á cada represión material el atentado más firme y atrevido con el acompañamiento de la apología del mismo hecha por el criminal, y condensada en un ¡viva! sarcástico para la sociedad que lo escucha al elevarse por el ambiente sobre los restos humeantes de la víctima caída y el hervir tenebroso del verdugo triunfador.

¿Queremos descifrar claramente la semi-paradoja expuesta? Pues reparad que ninguno de los anarquistas detenidos ó sentenciados cree en misas ni confesiones; y no creyendo en esto, y gozando por otro lado de libertades é impunidad para mofarse de lo bueno é ir subiendo por la senda perversa, «con tal de que lo haga *pacíficamente*», claro es que al llegar arriba ha de intentar derribar la escalera, y, mirando al enemigo como á un igual, preciso es al que no tiene despojarse de la pasividad para arrebatar al otro lo que le sobra, aunque para ello haya de apelar al grito exterminador de ¡venganza y guerra!

¡Estos, ni más ni menos, son los lodos que nos han traído aquellos polvos!

LEONCIO.

EN HONOR
 DEL
 CARDENAL MONESCILLO

MARQUÉS CERRALBO

Lucerna, 12 (1'30 t.).

El Señor, profundamente apenado por muerte del inflexible y firmísimo Cardenal Monescillo que había hecho revivir

en Sede primacial las grandiosas figuras de Jimenez Rada y de Cisneros, toma parte vivísima en el duelo que affige á la Iglesia y á la patria, tan necesitada de caracteres varoniles.

Por el alma del Cardenal Monescillo.

LUCERNA 13 (11'10 m.)—Acaba de celebrarse en esta Catedral una solemne Misa por el eterno descanso del alma del eminentísimo Cardenal Monescillo, costeada por los Duques de Madrid, quienes asistieron á la misma con su séquito.

MELGAR.

Elogio que hizo un Prelado español del Cardenal Monescillo.

(2 de Septiembre de 1894)

«¡Qué vida su vida! Ochenta y tres años de estudio, de trabajos y de luchas en el libro, en el periódico, en el folleto, en la cátedra, en el púlpito, en el altar, en el confesonario, en el gabinete, en los Parlamentos, en las Academias, ante los altos y los bajos, ante los reyes y los legisladores, en los Concilios generales, provinciales y diocesanos; unas veces adoctrinando á las gentes con la enseñanza del catecismo, otras admirando á los sabios con raudales de ciencia y portentos de erudición, algunas confesando la fecatológica en días turbulentísimos y horas supremas, é imponiéndose con su intrepidez á turbas y congresos ebrios de impiedad; y siempre el primero en los momentos de peligro, ya se trate de protestar contra los *textos vivos y muertos* que nos trajera la revolución librecultista, ya de contener sus avances, ó de salir á la defensa del matrimonio cristiano ó de los fueros del Romano Pontífice, ó de enarbolar la bandera de la unidad católica.

»Mientras palpita su corazón, los débiles y desamparados tendrán en él un tutor, los pobres y desdichados un paño con que enjugar sus lágrimas, la elocuencia un maestro, la literatura un modelo, la filosofía escolástica un paladín, la teología una antorcha, las Santas Escrituras un oráculo, la sociedad un tutor, la patria un escudo, las tradiciones que inmortalizaron á nuestra España un atleta, el Episcopado español un nuevo Osío, la Religión católica una lumbrera, el Sacro Colegio un ornamento, la Silla Primada, y especialmente Toledo, una gloria, el Pontificado una columna, y el gran León XIII un apóstol dispuesto á difundir con su elocuencia y á sellar con su sangre las enseñanzas apostólicas.»

D. Carlos y el Cardenal Monescillo

Según ya saben nuestros lectores, el 13 del corriente se celebró en la Catedral de Lucerna, una Misa ordenada por los señores Duques de Madrid en sufragio del alma del llorado Cardenal Monescillo, asistiendo á ella los Augustos proscriitos, con su séquito. El celebrante fué Monseñor Duret, primera dignidad de aquel cabildo.

Carlos VII quiso tributar aquel piadoso homenaje á la memoria del amigo venerado que en momentos difíciles le dió pruebas de abnegación que nunca se olvidan, que hasta su último suspiro per-

maneció fiel á la gran Casa española, y que puede decirse ha expirado bendiciendo á su agosto representante.

Poquísimo antes de morir y casi entrando en la agonía, persona enviada expresamente á Toledo con ese objeto, penetró hasta la cabecera de su lecho de dolor, portador de angustos consuelos, y el insigne Príncipe de la Iglesia, oyendo el mensaje con los ojos arrasados en lágrimas, manifestó el pesar de morir sin haber visto á la justicia triunfante en su patria, y encargó que se transmitiesen sus gracias y sus fervientes bendiciones «al R... cristiano y caballero.»

¡Digno fin de una vida consagrada por entero á servir la verdad y á combatir el error en todos los terrenos!

No creemos inoportuno en estos momentos recordar las relaciones personales que unieron al ilustre difunto con los nietos de Carlos V, ahora que el sagrado de la muerte le pone al abrigo de las persecuciones sectarias.

Conoció á Carlos VII en Ginebra, en el Bocage, durante el periodo turbulento transcurrido entre la batalla de Alcolea y el levantamiento nacional carlista. El entonces Obispo de Jaén era el designado, con gran gozo suyo, para administrar el Sacramento del bautismo al Príncipe D. Jaime, que nació en 1870. Pero el Santo Pontífice Pío IX, que siempre mantuvo trato afectuosísimo con nuestra familia... proscrita, expuso paternalmente una observación, dictada por su amor á España. Aquel acto, dijo, podía atraer persecuciones sobre el Obispo de Jaén, y hasta el destierro, privando á la sede de un Pastor tan celoso y á la Iglesia en España de uno de sus Prelados más insignes. Por lo cual Su Santidad aconsejaba escoger un Obispo *in partibus*, al que no pudiera el gobierno arrojar de su silla.

Rindiéndose á tan prudente consejo, bautizó á D. Jaime el Apóstol de Australia Monseñor Serra, Obispo titular de Daulia, pero el Sr. Monescillo, aunque convencido de la sapientísima providencia, nunca pudo consolarse de no haber sido él quien tuviera ese honor, y hasta muy recientemente deploraba que las circunstancias le hubiesen impedido dar aquella pública y señalada muestra de su adhesión á la legitimidad.

Carlos VII, en su exquisita delicadeza y en su extremada prudencia, ha evitado siempre el crear conflictos al Cardenal Monescillo como á otros Prelados españoles no menos adictos que él á nuestra causa, y jamás le ha mezclado en servicios políticos, pues es católico demasiado *sincero* para explotar á la Iglesia al modo alfonsino, pero siempre le pedía sus oraciones y con frecuencia recibía testimonios de su paternal interés. No ha mucho, y postrado ya por la enfermedad que le ha llevado al sepulcro, el ilustre Purpurado le escribió una carta conmovedora que se conserva como reliquia en los archivos de Venecia, y en el momento del enlace de Carlos VII con D.^a María Berta, cuando las más innobles persecuciones se desataban desde otros palacios, caía sobre los Augustos esposos, como rocío del cielo, desde el Palacio primacial de Toledo, la bendición del digno sucesor del gran Cisneros, enviada en términos tiernísimos.

Muchos de estos detalles han sido, hasta hoy, secretos. Es más, nosotros mismos los ignorábamos, como los ignoraban las personas más íntimamente unidas á nuestra Familia... proscrita, y esta reserva es la más elocuente prueba de la solicitud con que nuestro Augusto Jefe procura no comprometer, por miras dinásticas, á las altas dignidades de la Iglesia, así como de su grandeza de alma, que le hace desdeñar el tomar facilísimas y tentadoras revanchas de amor propio contra sus enemigos.

Si hoy se nos comunican para publicarlos es para enseñanza y ejemplo de todos los que lo necesiten, y para que los españoles imparciales y los católicos de verdad puedan juzgar entre conducta y conducta.

También con S. A. R. el Infante Don Alfonso, mantenía afectuosas relaciones el Cardenal Monescillo; pues se estima-

ban y amaban entrañablemente desde que se conocieron en Roma, con trato íntimo, hallándose el primero en los zúavos pontificios y asistiendo el segundo al Concilio Vaticano.

Hoy nos faltan en la tierra las oraciones del inolvidable Primado, pero seguramente que las continuará con más fervor desde el Cielo.

Pidamos, por nuestra parte, con fe y confianza que pronto dé frutos la bendición enviada desde los umbrales de la eternidad por un Santo Prelado y un gran español «al R... cristiano y caballero.»



MOVIMIENTO CARLISTA

Oyendo á Cerralbo

Las diversas y contradictorias especies lanzadas á todos los vientos sobre la situación del partido carlista, impusieron nos una visita al señor Marqués de Cerralbo. Ayer tuvimos el gusto de departir con el ilustre procer acerca de aquellos particulares que de modo más ó menos directo pueden afectar al interés político de la comunión tradicionalista, y hé aquí en sustancia las manifestaciones que tuvo la bondad de hacernos el delegado del pretendiente proscrito.

* *

—Saldré de Madrid—nos dijo el señor Marqués de Cerralbo—del 15 al 16 del corriente. Iré á Lucerna para conferenciar con Don Carlos, deteniéndome quizás un día en Biarritz y otro en Burdeos, donde actualmente se hallan algunos amigos y correligionarios míos.

En estas visitas hablaremos de política, cosa muy natural entre hombres políticos.

Proseguiré mi viaje á Lucerna, y al llegar á este punto conferenciaré inmediatamente con nuestro Jefe.

Ya en Lucerna pienso aprovechar bien el tiempo. Expondré á Don Carlos con toda fidelidad la situación que atraviesa España, y aunque nosotros, ó por mejor decir, Don Carlos, tiene soluciones eficaces y salvadoras para todos los problemas en que hoy está empeñado el país, acordaremos en definitiva cuanto lealmente creamos que conviene á la salud de la patria.

Es cosa decidida, y para ello se cuenta, como no podía menos de contarse, con el beneplácito de nuestro Jefe, la celebración de un gran *meeting* del partido carlista.

Puedo asegurar que todavía no se sabe cuándo y en qué punto se verificará el *meeting*. Depende la fijación de lugar y fecha de lo que disponga Don Carlos.

Desde luego han de concurrir á esta reunión magna, que yo creo que se verificará en todo el mes de Octubre, los senadores y diputados tradicionalistas, los jefes regionales, presidentes de los Círculos y de Juntas de distrito, considerable número de correligionarios que no hacen ahora la vida activa de la propaganda y representantes de los periódicos de nuestro partido.

De lo dicho sobre este particular se desprende la inexactitud de las noticias anticipadas por algunos periódicos señalando primero á Irún y á San Sebastián después como lugares escogidos para la celebración de nuestro *meeting*, al que, más que otros motivos, nos llevan los enormes desaciertos de los que, para desdicha de la nación, vienen gobernándonos caprichosamente sin fe y sin ideales.

Respecto á esa supuesta agitación carlista ¿qué he de decir? Todo cuanto se propala dando como inminente el levantamiento de partidas en distintos puntos de la Península, creo que es de lo más pueril y fantástico que se puede inventar.

Indudablemente, todo ello es obra de nuestros enemigos.

¡Ignoro si alguien solivianta por ahí los ánimos, y con qué propósito, caso de que esto sea verdad, se le designa como

correligionario nuestro... No es carlista, ni puede serlo jamás, quien se lance hoy al campo desobedeciendo las reiteradas y terminantes órdenes de Don Carlos; y el que tal hiciere sería inmediatamente desautorizado.... Nuestra actitud habría de ser la más solemne reprobación de su aventura.

La organización del partido carlista ha sido siempre y es en la actualidad muy poderosa; y digo muy poderosa, no sólo porque en ella entran considerables y valiosísimos elementos sociales y lo extendido que se halla por toda la Península, sino por fundarse en convicciones arraigadísimas, en un amor inalterable y en la más constante y firme abnegación.

Para nosotros la autoridad es en principio esencial y la disciplina un deber al que rendimos gran culto. Constituida conforme á estas en nosotros invariables reglas la comunión carlista, es difícilísimo que suscitamos las vivas polémicas que sostienen los demás partidos políticos, ni mucho menos que surjan divisiones que no pueden crearse en modo alguno, por la única y sencillísima razón de que en el partido tradicionalista no se muestra nadie impaciente.

Tengo para hacer tal afirmación inequívocas demostraciones del patriotismo, de la obediencia y de la fe de todos, absolutamente de todos mis correligionarios, que entienden sin reservas y sin distinciones, antes al contrario, con perfectísima y rara unanimidad, que la política y los planes de Don Carlos son para que se sigan al pie de la letra.

Naturalmente, no se conocen esta política y estos planes de don Carlos... No creo que nadie pretenda que se comuniquen á domicilio. Existen, y con saberlo les basta á los carlistas.

Reconozco que son sumamente críticas las circunstancias que atraviesa España; pero no creo que lleguen á constituir una crisis nacional. Cayendo lo existente por efímero, se salvará lo permanente, que tiene muchas y muy honradas raíces en el pueblo.

* *

Nos dijo, por último, el señor marqués de Cerralbo que están desprovistas de fundamento cuantas noticias han recogido los periódicos á propósito de la asistencia de párrocos al banquete celebrado en el hotel Inglés para conmemorar el décimo aniversario de la fundación de *El Correo Español*, y de los términos en que fué redactado el telegrama que, al terminar la comida, se dirigió á Lucerna.

En contestación á una pregunta que hicimos al señor Marqués de Cerralbo relativa á supuestas aproximaciones entre carlistas é integristas, tuvo la bondad de manifestarnos que no se han hecho gestiones en tal sentido; pero que son muchos los amigos del señor Nocedal que se dispusieron á defender nuevamente la causa de don Carlos y no pocos los que ya se acercan, confiando en que casi todos volverán á sus posiciones en los momentos supremos.

Después de su viaje á Lucerna, donde permanecerá doce ó quince días, irá el señor Marqués de Cerralbo á Vichy. Posteriormente, y acordadas ya la fecha y población en que ha de celebrarse el *meeting*, comenzarán los preparativos para el acto, que, según dicen los tradicionalistas, revestirá extraordinaria importancia.

(*Heraldo de Madrid* correspondiente al 8 del actual.)

CRÓNICA GENERAL

DE PALMA

Hacemos nuestro el siguiente suelto que publica nuestro compañero de Valencia *El Centro*, y cuyo contenido recomendamos muy mucho á los *maliciosos* de *El Heraldo*:

«A la viuda de D. Antonio Cánovas del Castillo, se le ha concedido el título de Duquesa con grandeza de España de primera clase, y en atención sin duda á la situación

precaria en que ha quedado, se le ha asignado una pensión equivalente á la paga del ministro (siete mil duros anuales).

«España merece los gobiernos que tiene y por eso los sufre.

«Los pobres que vuelven de la guerra imposibilitados para el trabajo, siendo el único sostén de sus familias, pueden morir tranquilamente de hambre en sus casas ó en el hospital.

«Para estos no hay pensiones ni honores.

«Son pobres, y en estos benditos tiempos de libertad, la pobreza es título infamante.»

El miércoles se celebraron en la Catedral los anunciados funerales en sufragio del alma del Sr. Cánovas del Castillo (q. e. p. d.).

No hubo oración fúnebre, contra lo que deseaba el *Heraldo*.

La misa de Mozart, bajo la dirección del Maestro Torres, fué interpretada magistralmente. El *Libera me*, composición de dicho renombrado Maestro mallorquín, lo mismo. Nuestro amigo el bajo Sr. Riera, admirable. Lo mismo decimos de los demás aficionados.

El túmulo no gustó pizca á el *Heraldo*.

La muchedumbre que llenaba las naves, ávida de curiosidad, no representaba más que la *idem*.



El jueves de esta semana pasó á mejor vida en esta ciudad la virtuosa señorita Doña Mariana Juana Ferrer de San Jordi Sáenz, hija del que fué probado tradicionalista el último Sr. Conde de Santa María de Formiguera (q. e. p. d.).

Suplicamos á nuestros lectores una oración por el alma de la joven finada, á la vez que reiteramos á la distinguida familia que llora tan irreparable pérdida el testimonio de nuestro más sentido pésame.

A. E. R. I. P. A.

Hemos recibido el cartel-anuncio de los solemnes cultos que en honor del Gran Padre San Agustín y Nuestra Señora de la Consolación se celebrarán en la iglesia de Padres Agustinos del Socorro el presente año de 1897.

Ayer, día 20 de Agosto, á las siete de la mañana, durante el santo sacrificio de la Misa, comenzó la novena rezada de Nuestra Señora de la Consolación y de la Correa; y á las siete de la tarde de este mismo día dió principio otra novena cantada, predicando alternativamente los Padres del Colegio.

Día 27: comienzan las Cuarenta Horas dedicadas á Nuestra Señora de la Consolación y Correa: exposición á las seis; á las diez y media misa cantada; y á las cinco y media de la tarde, se cantarán solemnes Maitines y Laudes.

Día 28. Fiesta de San Agustín: á las seis exposición de S. D. M.; á las diez se cantará Tercia y á continuación la misa á toda orquesta de Gounod, con sermón que predicará el M. I. Sr. Canónigo D. Enrique Reig, Provisor y Vicario general de la Diócesis; por la tarde á las siete continuación de la novena y reserva.

Día 29. Fiesta de Nuestra Señora de la Consolación: á las siete Misa de comunión general; á las diez y media exposición de S. D. M. y Misa solemne con sermón, que pronunciará el P. Director Honorato del Val. A continuación de la Misa mayor se dará la Bendición Papal en virtud del privilegio concedido á la Orden Agustiniense. Por la tarde á las siete conclusión de la Novena, procesión, Te-Deum y solemne reserva.

NOTA.—El día de San Agustín está concedida indulgencia plenaria á todos los fieles que confesados y comulgados visitaren la iglesia del Socorro; y en el de Nuestra Señora de la Correa, además de la indulgencia plenaria concedida á los cinturados,

pueden ganar otra todos los fieles que con las condiciones ordinarias recibieren la Bendición Papal.

De la Junta de la Exposición Balear, Agrícola y Pecuaria de Manacor, recibimos días pasados el siguiente oficio que publicamos con sumo gusto.—Dice así:

Sr. Director de LA TRADICIÓN:

Por acuerdo de la Junta de la Exposición Balear Agrícola y Pecuaria, aprobado por el Ayuntamiento de esta villa en sesión de hoy, el párrafo 2.º del art. 7.º del Reglamento, ha sido modificado en esta forma:

«Los expositores de las clases de ganadería y demás de la industria pecuaria, estarán exentos del pago de todo derecho de emplazamiento.»

Lo que tengo la honra de comunicar á V. suplicándole se sirva dar á tal resolución la conveniente publicidad en las columnas de su periódico.

Dios guarde á V. muchos años.

Manacor 17 Agosto de 1897.—P. A. de la J.—El Secretario, Sebastián Perelló.

desde éste al cuartel, manteniendo siempre erguida por todas partes aquella gran cabeza, sobre la que habían caído desde la burla del compañero de asilo hasta la bofetada del sargento Jiménez.

* *

España había declarado la guerra á Marruecos. Nuestros siempre valeroso ejército se apercebía gozoso para lavar con sangre el ultraje hecho á la bandera.

En los puertos andaluces, donde se hacía el embarque de tropas, el entusiasmo rayaba en el delirio.

Era en el muelle de Cádiz. La muchedumbre se apiñaba, palpitante de emociones varias. Se presenciaban escenas desgarradoras, sí, pero un momento, no más, ese momento en que la madre pronuncia el «¡adios, hijo mio!» Después el sollozo estallaba, las lágrimas corren abundantes, y el iris deslumbrador aparece con los colores rojo y gualdo, prometiendo próximas bienandanzas. El hijo parte alegre entonando regocijadas canciones, y la madre queda tranquila como una espartana, diciéndose: «Para eso le crié: para que fuera buen hijo y buen ciudadano.»

Todos los soldados de la expedición que embarcaba aquel día se llevaban algún recuerdo, desde la imagen de la Virgen hasta el recuerdo de amor. Pero, digo mal, todos no. Allí estaba Sebastián, que también partía, contemplando con su habitual inexpresión la común alegría. El casco le cubría la cabeza como un capitel.

A pocos pasos de *Cabezota*, el sargento Jiménez se bromeaba con una garrida moza que entre risa y risa llevaba frecuentemente el pañuelo á los ojos.

—¡Qué solo está aquel pobre!—dijo mirando á Sebastián, que apoyado en un guardacantón miraba al suelo, presa sin duda de sus abstracciones.

Jiménez no contestó. Miró al soldado, y se encogió de hombros. Pero la muchacha no podía apartar de él sus ojos. La impresionaba ver que á aquel hombre no se le acercaba un alma, que nadie iba á decirle adios.

—¡Pobre chico!—volvió á decir.

—Es un papanatas que está siempre pensando en la mona de Pascua,—contestó el sargento.

—¡Infeliz! Nadie viene á despedirle. ¡Bendito Dios!

—Es un expósito: ¿quién ha de venir? La muchacha se fijó bien entonces en

él, y dijo sin poder contener las lágrimas:

—¡Pobrecillo! ¡Y pensar que también ha tenido madre!

—Ya ves: cosas del mundo,—añadió Jiménez;—y los dos miraron con cierto interés á Sebastian, que en aquel momento casualmente los miraba á ellos, pero que inmediatamente desvió la mirada con cierta timidez.

La señal de embarque sonó, y las tropas se prepararon á ello con orden completísimo.

El Sargento Jiménez apretó por última vez la mano de su novia; ésta vió á *Cabezota*, y en un arranque natural y propio de la mujer del pueblo tiró del pañuelo de seda que llevaba al cuello y se lo entregó al soldado, que dando las gracias se lo guardó cuidadosamente en el bolsillo, mientras el sargento le decía:

—¡Vamos, no te quejarás de las buenas hembras!

El buque partió aclamado por nutridos vivas al Ejército y á España, á los que los soldados contestaban con enérgico entusiasmo. Sobre cubierta veíanse las cabezas, todas con rostro alegre. Las manos y los sombreros se agitaban al aire hasta que el vapor se alejó de las costas de la madre patria.

* *

La guerra estaba en todo su apogeo. Las huellas de los españoles se señalaban por laureles sobre los campos de batalla contra las tenaces y fieras huestes marroquíes. Pero la ferocidad de raza, alimentada y sostenida por una religión semibárbara, no podía detener el incontrastable empuje del heroísmo consciente de otra raza más enérgica y noble, de más altos ideales y envuelta en la aureola de una gloria secular.

España, con el oído atento y el corazón tranquilo, escuchaba el estruendo de las victorias, y un llanto de honor caía sobre los héroes muertos. La bandera española, flotando sobre el elevado mastil, despertaba en los mares de ambos continentes los recuerdos de Orán y de la Goleta, á los que se asociaban las sombras gigantescas del Gran Cardenal y de Carlos I.

Era al caer de la tarde. Una sección de caballería iba á la descubierta explorando las avanzadas del campo moro, cuya situación, al abrigo de un espeso bosque, convenía conocer.

De repente vióse salir de entre la ar-

boleada un compacto pelotón que hizo á los nuestros una descarga, intentando lanzarse contra ellos dando gritos salvajes.

El teniente ordenó cargar á los marroquíes, que se dividieron en dos grupos: uno de ellos se internó en el bosque, y el otro continuó perseguido por nuestros coraceros. De éstos cayó repentinamente un caballo á tierra; estaba herido en el pecho, y arrastró al jinete, que quedó así separado de sus compañeros.

A los pocos instantes una veintena de bárbaros se lanzó sobre el caído, al que uno de aquellos iba á asestar una terrible cuchillada con su gumia; pero un tajo le partió la mano.

Un soldado acaba de llegar, al galope, lanzando el caballo sobre el pelotón y repartiendo certeros mandobles con terrible rapidez. Los moros se desplegaron entonces en guerrilla haciendo fuego al soldado, y huyeron enseguida á la aproximación de nuevas fuerzas.

—Gracias, *Cabezota*. Si no es por tí, me escabechan.

—Deme V. la mano, mi sargento. Creo que estoy herido.

—¡Herido! ¡Ah perros!

Cabezota había salvado la vida al sargento Jiménez. Este ayudó á apearse á su salvador, que al esfuerzo lanzó una bocanada de sangre.

—Sebastián, ¿qué es eso?

—Que me voy, sargento; no hay más.

El sargento Jiménez sintió una sacudida en el corazón como si aquella sangre saliera del suyo.

—¡Sebastián! ¡Sebastián!—decía cogiendo cariñosamente aquella cabeza de que tanto se había burlado.

Vió la mansedumbre pintada en aquel rostro que tantas veces había injustamente ofendido, y gritó con voz que se le ahogaba en la garganta:

—Sebastián, ¿me perdonas?

—¡Qué cosas tiene usted!—contestó el infeliz *Cabezota* con voz casi ininteligible y sonriendo.

—¡Perdóname, perdóname!—seguía diciéndole Jiménez.—Dame un recuerdo tuyo como prueba de tu perdón.

Cabezota levantó los brazos con un esfuerzo supremo, atrajo entre sus manos la cabeza del sargento, le besó la frente, y espiró.

M. F. y L.

VARIEDADES

Cabezota

I

Casi no se le conocía más que por este apodo en el escuadrón, y al mozo le parecía la cosa más natural del mundo. Era más bien alto y delgado, con una cabeza enorme, colosal. Hombre de pocas palabras, Sebastián Expósito, que así se llamaba, era un buen soldado, sólo que alguna vez se quedaba como ensimismado, y si en tales momentos recibía de su superior una orden que no era rápidamente cumplimentada, y el superior era el sargento Jiménez, el pobre *Cabezota* recibía una guantada que le sacaba al punto de su abstracción.

¿En qué estará pensando este mostrenco?—decía Jiménez después de la contundente advertencia.—¿Cómo si esa cabeza pudiera pensar en algo!

Lo cierto es que si el pobre muchacho no tenía gran cosa que agradecer á la Naturaleza, tampoco debía estar muy satisfecho en general de sus semejantes.

Desde la inclusa pasó al Hospicio, y

ludado antes á la anciana y jóvenes, y el Sr. Ramón tomó asiento á su lado.

Hacia dos días que este tan corpulento como cariñoso padre había resuelto indicar algo á Guadalupe sobre la boda, porque aquello, pensaba el veterano capitán, se iba enfriando demasiado, y era preciso atizar un poco el fuego para que no se apagase del todo; así es que después de algunas palabras indiferentes, y sin más preámbulos ni más nada, le disparó á quemarropa lo siguiente:

—Guadalupe: el año de luto está próximo á espirar; bueno será que vayamos haciendo los preparativos para la boda, porque supongo que tendrás ya ganas de ser mi hija, ¿no es verdad?

Era de noche, y ni la anciana ni el mayorazgo pudieron apreciar el efecto por las palabras de este producido en Ricardo y Guadalupe: ambos palidieron, y esta, turbada y titubeando, dirigió á su hermano adoptivo una mirada, en la que, á ser de día, hubiera leído sin duda esta frase:

—¡Por Dios, Ricardo, sácame del apuro!

Pero Ricardo, como los demás, nada vió, y en la contestación de Guadalupe esperaba inquieto su sentencia.

—¿Nada contestas? volvió á preguntar el mayorazgo. ¿Te arrepientes acaso de haber empeñado tu palabra?

Guadalupe recobró instantáneamente, como sucede á toda alma grande en circuns-

la misma esquina en la que fué sorprendida por su tío galanteando con Cascarillas, allí tuvieron su conferencia Pepe y la amiga de Guadalupe. Esta estaba inconsolable porque al día siguiente debía partir su novio para ser entregado como quinto por Vallehermoso en la capital de provincia; pero no por eso dejó de satisfacer la ansiedad del mayorazgo.

—Pero ella, le preguntaba este, ¿te ha dicho á tí si se casaba con Ricardo?

—Guadalupe ni me ha dicho, ni hará semejante cosa, porque no es ninguna veleta para dar vueltas al viento que sopla. Te ha dado palabra de casamiento, y no quedará por ella.

—¿Sin quererme?

—Esa ya es harina de otro costal.

Y aquí la oficiosa amiga de Guadalupe añadió por su cuenta y riesgo.

—¿Y no has *notao* hasta hoy que Guadalupe no te quiere?

—No, dijo Pepe con toda la candidez de su alma.

—Pues se necesita no tener ojos. ¿Cuándo te ha dicho ella que te quería? Nunca. ¿Has oído algún *si* de su boca? Tampoco. ¿Has galanteado alguna vez con ella? Mucho menos. ¿Te ha hecho maldito el caso jamás? No señor.

—¡Como dió palabra de casamiento...! ob-servó Pepe á media voz.

segundo depositario hace con sus amigos lo que el primero hizo con él. El hecho se repite indefinidamente, el círculo se ensancha, y, trascurriendo algún tiempo, el secreto lo es á voces. Pero no es eso solo. Cada cual de su propia cosecha aumenta una circunstancia ó exagera un poco la noticia; y cuando ha recorrido la superficie toda del estanque, permítasenos la espresión, aunque vulgar, por lo mucho que dice, no la conoce la madre que la parió. Lo que sucederá, pues, cuando desde el que echa á volar un secreto hasta el último á cuyos oídos llega son mujeres, está fuera del círculo del humano cálculo.

Esta teoría no es nueva, pero sí verdadera; y tanto, que no hay para que repetir lo que en Vallehermoso sucedió con el secreto que la Corza comunicó á la Cisquera sobre la boda de Pepe y Guadalupe, á la sombra de la parra en la puerta de la casita blanca. El lector no desmemoriado lo adivina.

Guadalupe nada dijo ni podía decir en una aldea en la que todavía se considera sagrada la palabra empeñada, mucho menos tratándose de cosa tan grave como un contrato matrimonial, y menos todavía habiéndose publicado ya un año antes, en tres días festivos consecutivos y durante la solemnidad de la misa, como el santo Concilio de Trento lo previene, las amonestaciones. Su amiga la Corza, sin embargo, lo entrevió en

ANUNCIOS

ARTÍSTICA OLEOGRAFÍA

(Á 16 TINTAS)

DE

DON CARLOS DE BORBÓN

publicada por la

BIBLIOTECA POPULAR CARLISTA

Es el mayor y mejor retrato que se ha publicado del señor Duque de Madrid. Original de un reputado dibujante y tirado con escurpulosidad artística en una de las primeras litografías de Barcelona. No se ha omitido gasto alguno para presentar una obra acabadísima que mide 75 por 52 centímetros, siendo muy á propósito para los Círculos carlistas y para todos los que anhelan poseer un retrato de Don Carlos, de fiel parecido y artísticamente presentado.

Dicho retrato oleografía, de cuerpo entero y de uniforme de capitán general, no obstante su valor, se vende á

6 pesetas ejemplar

en la Administración de la BIBLIOTECA POPULAR CARLISTA, Claris, 123, pral., Barcelona, y en casa de su corresponsal en Palma, D. Pablo Arbona, Brossa, 16.

NOTA.—No se servirá pedido alguno que no vaya acompañado de su importe, ni se responderá de su envío si no se certifica á cargo del comprador, quien deberá enviar al propio tiempo el importe del certificado.

TINTA NEGRA

PROPIA PARA OFICINAS

Se vende al menudeo á una peseta litro en la casa de los Sres. Amengual y Muntaner.— Cadena, 2.

HOMOPATÍA

NUEVA FARMACIA HOMEOPÁTICA DE

AMADO GORT

CALLE SANTA ANA 5 BARCELONA

Este moderno establecimiento se ocupa exclusivamente en la pulcra preparación de medicamentos homeopáticos que gracias á sus virtudes son los únicos recomendados por los Señores de la Academia Médico Homeopática de Barcelona. Elegantes botiquines para familia desde 10, 12, 15, 17, 20, 35, 50 etc. hasta 2.500 pesetas para Hospitales: Obras de homeopatía. Precios limitados.

Jabón fluido antiherpético á 2'50 pesetas.

Pastillas homeopáticas para el catarro, toses, 2 pesetas.

Purgante homeopático GORT (glóbulos) 2'50 pesetas.



Amengual y Muntaner.

SOBRES

DE TODAS FORMAS, CLASES Y TAMAÑOS

SOBRES PERGAMINO

Especialidad en sobres de color para el Comercio á precios baratísimos.

Amengual y Muntaner—Conquistador, 30 y Cadena, 2.

PAPELES RAYADOS

DE TODOS TAMAÑOS

DE HILO Y ALGODÓN



AMENGUAL Y MUNTANER

CROMOS
varios cuadros y temáticos

CARTERAS DE BOLSILLO

CON NECESER Y PORTAMONEDAS

TARJETEROS Y LIBROS DE NOTAS

AMENGUAL Y MUNTANER

Conquistador, 30 y Cadena, 2

PALMA.—Tipo-litografía de Amengual y Muntaner.

su conversación, ó, para valernos de sus mismas palabras, lo adivinó. No había pasado un segundo cuando ya era sabedora de su presunción la Cisquera, y pocos días después ella contecimiento corría de boca en boca; pero tan desfigurado, que á la misma Cisquera le hubiera sido difícil reconocerlo.

La noticia que muy acreditada corría entre las comadres y mozas de la aldea, era que Guadalupe le había dado unas solemnes calabazas á su novio, y se casaba con Ricardo. Mas como la noticia era un secreto, comunicábasele unas á otras en voz baja y al oído: de aquí que todavía no hubiese llegado á los de ninguna de las partes interesadas.

Y era el último día de Abril al anoecer. Un año justo hacia que el enamorado mayorazgo habló de amor á Guadalupe por primera y única vez en el camino de Tramacastilla. La joven entonces festiva y risueña, y ahora gracias á los tristes acontecimientos que tan viva impresión habían producido en su alma, grave y un si es no es melancólica, regresaba en compañía de la anciana y Ricardo de un paseo á la inmediata casa de campo de los Claveros.

Apenas tomaron asiento en los poyos de la casita blanca, cuando por el lado opuesto vieron bajar al señor cura y al tío D. Ramón, que venían de hacer lo mismo. El párroco continuó hacia su casa no sin haber sa-

—Bien; poco más ó menos dentro de un mes tendremos boda.

—¡Pues me habíais dicho que habíais tro-nao...!

—¿Quién te lo ha dicho? preguntó Pepe sobresaltado, mientras su corazón la tía con violencia.

—¡Con esa me sales ahora...! ¡Y yo tonto de mí que me lo había creído! Si hasta han dicho que te había dado calabazas por casarsa coe el currutaco Ricardo...

—Pero ¿quién, quién ha dicho semejante cosa? preguntó otra vez Pepe, pálido como la cera.

—Chico... no te lo puedo asegurar, contestó su acompañante con la flemma del que me importa á mí; pero me parece que se referían á la Corza.

El sencillo labriego acababa de ser herido en su parte más sensible. Quedábale sin embargo, alguna esperanza, y dejando precipitadamente las mulas en su casa, marchó en busca de la sobrina del señor cura, decidido á salir de aquella incertidumbre que le mataba; porque hay naturalezas tan sensibles al sentimiento, que para ellas el amor ú otro afecto cualquiera con el que se han encariñado, es la vida.

Como presumía, encontró á la que buscaba á la salida del pueblo, por el extremo opuesto. La Corza aegresaba con el cántaro ya lleno, y afortunadamente venía sola. En

tancias difíciles, el dominio sobre sí misma, y contestó con voz segura:

—¡Las muchachas honradas no faltan nunca á sus compromisos!

El dolor desgarraba el corazón de Ricardo.

—¿Cómo no decías nada? añadió el señor Ramón.

—Estaba pensando en que aún falta más de un mes.

—Sí; pero todo se necesita para disponer lo necesario, que aquel día hemos de tirar la casa por la ventana: ¿no es verdad, tía Brígida?

—Harán Vds. bien, contestó la anciana: que una boda entre los dos más ricos del lugar no se ve todos los días.

En aquel momento Pepe, precedido de un hermoso par de mulas, con el timón del arado á rastra, después de haber pasado el día labrando, regresaba por el camino de Albarracín al pueblo. Unos cien pasos antes de llegar se encontró con otro mozo que volvía también de su trabajo al que saludó diciéndole:

—¡Hola, Garboso!

—¿Se viene de labrar, Pepe?

—Sí; vengo de dar la primera reja al secano, antes que la siega se nos eche encima.

—¿Y cómo vamos de noviaje?